

(la narradora acaba de llegar al sanatorio donde está internado su abuelo)

A la izquierda, detrás de un mostrador encristalado, había una mujer de mediana edad, con el pelo recogido en un moño y bata blanca. También era muy blanca la luz que entraba por las ventanas a través de visillos de gasa y el suelo y las paredes y las sillas y un olor también blanco y tenue como a romero*. La mujer estaba hablando por teléfono y al verme allí parada me hizo un gesto con la barbilla indicando que me apartara a esperar. Al cabo de un rato, tocó un timbre y comprendí que me estaba llamando. Me acerqué.

- Vengo a la habitación 309- dije- A visitar a Don Basilio Luengo.

Parpadeó nerviosa.

- Tendrá que hablar antes con el director. Me ha dicho que le avisara cuando llegara usted. Le ha estado esperando esta mañana.

- Me fue imposible venir.

Se levantó sin dejar de mirarme, salió de su despacho encristalado y me precedió por un pasillo de baldosines* rojos y blancos.

- Espere aquí en la sala. Ahora vendrá él.

La espera se me hizo larga sobretodo porque me oprimía que todas las contraventanas* estuvieran cerradas herméticamente, sabiendo que fuera aún era de día. Olía un poco a humedad, aunque no vi goteras. Yo seguía de pie, traspasada por una mezcla de ansiedad y alarma, cuando sentí una presencia a mis espaldas y me volví con susto. Hubo un silencio breve pero intenso.

- Perdone que la haya hecho esperar – dijo el recién llegado, tendiéndome una mano alargada y joven, de apretón firme-. Bienvenida.

Él era alto, llevaba un traje de hilo color gris marengo y camisa blanca sin corbata. Ya no parecía tan joven, aunque sus manos y su voz lo fueran mucho, le calculé unos cincuenta años, era de los que sonrían sin sonreír, buen cuerpo, algunas canas. Nos estábamos mirando de plano y yo no decía nada.

- ¿ Le parece bien que nos sentemos ?- preguntó.

Carmen Martín Gaité . Lo raro es vivir. 1996

Romero : romarin . Baldosín : dalle . Contraventana : volet.